

Sucot: Una festividad agrícola para nuestros días

Rab. Nehemías Berman

“Tres veces en el año ofrecerás sacrificios ante Mí. La festividad de los panes ázimos habrás de observar: Siete días habrás de comer panes ázimos como Yo te he ordenado, en el tiempo del mes de Aviv, ya que en él saliste de Egipto; empero no habréis de comparecer ante Mi presencia con manos vacías. Y la festividad de la Siega: las primicias de tus labores, lo que sembrares en el campo y la festividad de la Recolección, al concluir el año, cuando tú recojas el fruto de tus labores del campo.”

Shmot 23: 14-16

Con Sucot, cuya celebración comienza el 15 de Tishrei, volvemos a encontrarnos frente a una fecha que en el sentido religioso, el histórico y el agrícola encierra una semejanza con Pésaj y Shavuot por su carácter de acción de gracias; pero más que en aquéllas, se evidencia en esta festividad de la recolección (Jag Haasif) la alegría espontánea del hombre de campo.

Sucot marcaba el efecto final de la recolección de la fruta, con lo cual se cierra el año agrícola; desde Shavuot se hallaban los cereales cosechados y ahora vendrían los frutos a coronar los esfuerzos del labrador. ¡Cómo habría de olvidar entonces al Eterno, que así colmaba de bienes a sus hijos! En ninguna otra oportunidad era tan cómodo para el agricultor abandonar su tierra para el peregrinaje hacia Jerusalén.

Cada peregrino traía en la mano de las especies que más se cultivaban en Israel: palmera (lulav), cidra (etrog), sauce (aravá) y mirto (hadás). Así provistos desfilaban junto al altar recitando poesías litúrgicas al tiempo que agitaban en el aire la rama de palmera. Todos los días de Sucot se repetía el desfile, y en el séptimo día en que se dan las siete vueltas alrededor del altar hasta hoy día, los judíos se proveen para estas fiestas de los “Arbaá Minim”, las cuatro especies, y recitan en el templo el Hallel y las Hoshanot, poesías litúrgicas que terminan con el estribillo de “Hoshía na” (Ayúdanos, ¡oh Dios!)

La construcción de la sucá y sus variedades ha dado lugar a diversas interpretaciones simbólicas. La imponente palmera sería la época de los reyes y profetas, el mirto fragante la era talmúdica de la sabiduría, el melancólico sauce los siglos de persecución y exilio, en tanto que la cidra aromática y bella simboliza la esperanza del porvenir del Mashiaj.

La sucá tiene también un carácter histórico: el recuerdo de lo vivido por el pueblo judío errante durante su travesía por el desierto hacia la Tierra Prometida. Rigen prescripciones para la construcción de la sucá: ha de tener por lo menos tres paredes con un techo de paja o follaje, a través del cual puedan vislumbrarse las estrellas, y sus dimensiones deben exceder las de una choza común; resulta la sucá, como símbolo de la existencia del pueblo judío, un frágil edificio expuesto a la intemperie y fuerte, sin embargo, como si sus muros fuesen de piedra, con un tejado con el cual se cubre de las lluvias y vientos, pero a través del cual se divisa también la luz del cielo. La sucá no ha de ser muy alta, sino modesta y con las exigencias que debemos tener en la vida; pequeña, más bien estrecha, obliga a sus ocupantes a acercarse y mantenerse unidos.

Esta práctica —dice Maimónides— nos enseña que en los días de prosperidad debemos acordarnos de los tiempos de miseria y dificultades, y gracias a ese recuerdo conservarnos humildes y sinceros.

Extraído de "Kol Torá BeArgentina" - Bs As, 1970